

George Soros o la Iglesia en manos de Lutero

LEÓN BENDESKY

Soros provocó una gran molestia entre los defensores del orden económico liberal que hoy prevalece y que busca extenderse por el mundo entero. Mario Vargas Llosa uno de los visibles sacerdotes del nuevo liberalismo reaccionó con vehemencia ante el artículo que Soros publicó en la revista *The Atlantic Monthly*.¹ Dice el escritor: "Se me ponen los pelos de punta de imaginar que, con todas las calamidades apocalípticas que estas prácticas (las del intervencionismo estatal) han traído al Tercer Mundo, ellas puedan ser promovidas, nada menos que desde Wall Street y por uno de sus más exitosos megamillonarios, como la mejor manera de proteger a la sociedad abierta y a la cultura democrática."² La conservadora revista británica *The Economist*³ no fue menos incisiva en su crítica y comentó que: "Soros ha propuesto un argumento ridículo (*preposterous*) que entraña el peligro de ser tomado seriamente sólo por haberlo hecho él." Por adjetivos no habrá de parar la polémica.

George Soros es un especulador profesional, famoso y muy influyente en los mercados financieros internacionales, especialmente por su gran capacidad para adelantarse a los movimientos de los precios de las acciones, los valores y las monedas, y para aprovechar las ventajas que ello produce. La creación y funcionamiento de su Quantum Fund desde 1973 es un punto de referencia por el éxito en sus inversiones medido por los grandes rendimientos que generó, y que se estiman en un 35% de promedio anual durante veinte años. En ese medio, la capacidad de crear tanto dinero del dinero mismo es, sin duda, un motivo de gran admiración.

La anécdota favorita sobre sus actividades en el comercio de divisas es la de su embate contra la libra esterlina en 1992 que provocó su devaluación y salida del Sistema Monetario Europeo (SME) y le generó ganancias por más de mil millones de dólares. Soros relata fríamente la cuestión partiendo de su observación acerca del manejo de la política económica en Alemania después de la unificación en 1990⁴ y las contradicciones políticas surgidas entre el canciller Kohl y el Bundesbank, lo que significó la postergación del ajuste del valor del marco. El Bundesbank jugaba un doble papel con su política monetaria puesto que, por una parte, funcionaba como anclaje del SME, por la fortaleza de la economía alemana y, por otra, era el garante de la estabilidad del marco. Pero la integración económica con Alemania del Este significó la necesidad de aceptar un tipo de cambio excesivo de su moneda y provocó un conflicto en la fijación del valor del "nuevo" marco. Los abundantes recursos destinados a la unificación ocasionaron una presión inflacionaria y el banco central respondió con un aumento de las tasas de interés. Esto quería decir que Alemania aplicaba una política monetaria distinta y no compatible con el resto de los países miembros del SME. Mientras tanto, la economía inglesa se encontraba en una situación recesiva y, por tanto, era vulnerable al aumento de los intereses alemanes. Así, la defensa del marco por parte del Bundesbank representó un desequilibrio para el sistema que fue aprovechado por Soros especulando contra la libra cuando el Banco de Inglaterra también decidió elevar sus tasas de interés. Esto fue considerado como un acto desesperado por defender la libra y aprovechado para vender esa moneda que en el curso del mismo día tuvo que devaluarse y salir del mecanismo conocido como la serpiente monetaria. Soros explica su comportamiento especulativo en el caso de la libra de la manera siguiente: "A diferencia de otros inversionistas, yo estaba preparado para un cambio en el régimen monetario. La capacidad que tengo para anticipar las alteraciones radicales que pueden darse en una situación me fue útil. Si se recuerda, el gobierno británico había garantizado hasta el último minuto que el SME era inquebrantable. Tal vez tuvieron éxito para influir sobre algunos inversionistas ¡pero seguramente no lo tuvieron con nosotros!" En 1994 las inversiones del fondo de Soros en pesos mexicanos eran muy cuantiosas y en este caso también se adelantó a los acontecimientos y ganó al retirarse del mercado antes de la devaluación de diciembre. Ni Salinas ni Aspe lograron influir sobre Soros en el manejo de la economía, como lo hicieron sobre otros inversionistas.

Soros también ha conseguido notoriedad desde la creación de la Open Society Fund en 1979. Esta fundación surgió, según él mismo dice, a partir de sus propias experiencias bajo los regímenes nazi y comunista en su natal Hungría. Las operaciones del fondo están dirigidas a promover los valores y las organizaciones propias de una sociedad abierta y tuvo su mayor influencia en Checoslovaquia y en Polonia, aunque no tuvo éxito en otros países como Sudáfrica y China y su acción ha sido muy limitada en la ex Unión Soviética. Sus actividades se originan de modo directo de las ideas de Karl Popper, quien en 1945 publicó *La sociedad abierta y sus enemigos*. Soros interpreta a quien fuera su maestro diciendo que las ideologías totalitarias tienen en común la propuesta de poseer la verdad última y que, por ello, tienen que recurrir a la opresión para imponer su visión de la sociedad. En cambio, en una sociedad abierta se parte del reconocimiento de que no existe el monopolio de la verdad absoluta y, por ello, hay necesidad de crear instituciones que permitan la convivencia de las distintas perspectivas y los

diversos intereses sociales. La propuesta de Soros no pretende ser en este sentido original, y ni siquiera está planteada o articulada de manera más firme que otras versiones de la sociedad liberal que se hayan formulado en los años recientes, incluso por los mismos Vargas Llosa o *The Economist*. Una diferencia, no menor por cierto, radica en que Soros paga con su dinero por aplicar su visión del mundo. Y, finalmente, ésta es una sociedad mercantil.

El argumento de Soros que resultó ser tan provocador consiste en que la intensificación del *laissez faire* capitalista y la extensión de los valores del mercado a todas las áreas de la vida están poniendo en peligro a la sociedad abierta y democrática. El mercado es un mecanismo más eficaz para la distribución de los recursos que la intervención estatal, pero eso no quiere decir que no se necesite la intervención gubernamental para reasignar recursos o mantener la estabilidad en los mercados. Así, el enemigo principal de la sociedad abierta es el propio capitalismo. De tal forma, la sociedad abierta tiene sus propias imperfecciones que residen, según él, en la falta de valores compartidos. Como puede verse esto constituye verdaderamente una herejía, la Iglesia podría estar en peligro de caer en manos de Lutero.

Algo que sus críticos al parecer no pueden perdonarle a Soros es que siendo beneficiario y habiendo aprovechado al máximo las oportunidades del libre mercado para acumular riqueza, sea él quien cuestione las virtudes del sistema capitalista en su fase de liberalización global. Después de todo es muy grande el entusiasmo que ha generado esta evolución entre ideólogos, políticos, empresarios, banqueros, funcionarios de organismos internacionales y muchos intelectuales como para ser cuestionada desde dentro y por uno de sus principales exponentes. Pero Soros formula su autodefensa, no carente por cierto, de cinismo y dice que: "Los especuladores profesionales, como yo, respetamos escrupulosamente las reglas y, personalmente, no tengo ningún cuestionamiento moral sobre la naturaleza de mis actividades financieras, aunque considero que los mercados no están suficientemente supervisados y que las reglamentaciones deberían ser reforzadas."⁵ Pero con ello no queda muy claro hasta dónde está Soros dispuesto, entonces, a compartir los valores comunes que debe tener una sociedad abierta.

La fuerte reacción contra el artículo de Soros, que llevó a Vargas Llosa a llamarlo el diablo predicador y a *The Economist* insinuar que es un chapucero, no surgen como éstos proponen, de sus deficiencias intelectuales, ni de su incompreensión de cómo funciona la sociedad o de su desconocimiento de la teoría económica. En realidad todos estos asuntos están presentados por Soros de manera débil y es también frágil la respuesta de sus críticos. El asunto no es si en las sociedades industriales el Estado interviene en la economía y redistribuye los recursos por encima del funcionamiento de los mercados, tampoco es lo que los libros de texto de economía reconocen como situaciones de desequilibrio y de límite de la capacidad de los mercados para asignar eficientemente los recursos y, por lo tanto, la existencia de los bienes públicos, ni es tampoco que haya grandes diferencias entre la ideología liberal y la totalitaria. Así presentada la discusión es, en verdad irrelevante, y es una pelea interna entre unas partes que en el fondo están más de acuerdo de lo que podría parecer a partir del debate en que están enfrascados. Con ello lo único que se logra es desplazar, una vez más, la discusión y sacarla del terreno que la mayoría de los discursos —y en especial el de la "ciencia" económica— quieren evitar de manera permanente. Este terreno es el del significado de las contradicciones que existen actualmente en el capitalismo.

Soros es un tipo interesante cuando se concentra en lo que sabe hacer muy bien: especular en los mercados financieros. En esa capacidad es articulado y capaz de mostrar cómo opera un segmento de los mercados que está realmente globalizado, en el que se mueven diariamente muchos más recursos de los que tienen disponibles los Estados más ricos del planeta. Tal vez el punto fuerte del tema sorosiano, que desató recientemente la polémica, sea su observación de que los valores de la sociedad abierta estén siendo reemplazados por los de la magia de los mercados, de la ideología del *laissez faire* y la supervivencia de los más aptos. Y en lo que a esto respecta, importa poco si el que lo propone es Soros y los que le tomaron la palabra sean el escritor y la revista inglesa, puesto que la cuestión ha sido expuesta desde muchos otros frentes que no siempre tienen los mismos espacios para expresarse y la misma resonancia pública.

Aquí, Soros y la disputa que abrió sirven de pretexto para incursionar, aunque sea unos pocos pasos, en ese terreno que se intenta constantemente eludir en relación con el modo de funcionamiento del capitalismo actual. Si un elemento de fuerza ha tenido el capitalismo en su historia es la capacidad de crear riqueza y los mecanismos para difundirla a un sector amplio de la población, sobre todo pero no únicamente, en los países con más alto grado de industrialización. Esta afirmación no es inconsistente con el hecho también histórico de las grandes contradicciones y conflictos inherentes al funcionamiento de este sistema, y tampoco con la incapacidad de distribuir equitativamente los frutos del progreso y de extender las condiciones del desarrollo entre las naciones. El capitalismo ha sido, así, escenario de profundas crisis económicas, guerras devastadoras y exterminios raciales, cuestiones que no pueden achacarse solamente a los regímenes comunistas. Pero el capitalismo, tal y como se defiende desde las posiciones ultraliberales, ha ido perdiendo en el curso de casi ya tres décadas esa fuerza motriz que le servía de sustento político e ideológico para su supervivencia. Esto está detrás del argumento de Soros

aunque él lo presente como una cuestión de los valores que han sido reducidos por la fuerza incontrolada de los mercados.

Hoy el debate económico y político predominante intenta disminuir las repercusiones adversas que se desprenden del funcionamiento de los mercados. Dos cuestiones pueden señalarse a este respecto. La primera se deriva de la vigencia de un modelo tecnológico muy avanzado, pero incapaz de generar suficiente ocupación de la fuerza de trabajo. Esto ocurre sin que se hayan creado las formas institucionales para reorganizar a la sociedad en el marco de las nuevas condiciones de acceso y participación en los mercados y cuando, además, los sistemas asistenciales están en una severa crisis. Este retraso organizacional, y de la creación de instituciones, reduce el nivel de resistencia del orden social. Por otra parte, este capitalismo gira de forma preponderante, desde hace más de dos décadas, en torno a la acumulación financiera, constituyendo un escenario en el que se favorece la concentración de los recursos. Durante este periodo ha sido notorio el fuerte proceso de fusiones y adquisiciones entre las más grandes empresas y bancos del mundo, y ello ocurre precisamente en el marco de una supuesta ampliación del espacio en que operan las fuerzas del mercado y se desarrolla la competencia. En efecto, la competencia en los mercados es mayor, pero entre un número menor de participantes; el mercado tiende, así, a convertirse en una fuerza de concentración y no de difusión de las actividades económicas. En el mercado surgen espacios reducidos de generación de riqueza y hoyos negros de ampliación de la pobreza. Además, el así llamado fenómeno de la globalización muestra la coexistencia contradictoria de fuerzas de atracción entre agentes económicos, mercados y naciones y otras fuerzas de desplazamiento que, en conjunto, están redefiniendo el mapa de las estructuras y de las relaciones económicas y políticas en el interior de los países y entre las naciones. Por ello es que el crecimiento económico no luce, es decir, no encuentra formas de expresión en un aumento generalizado de los niveles de vida que corresponda al ímpetu globalizador. Este fenómeno es generalizado aunque con las características que distinguen a las sociedades ricas y pobres. El reconocimiento del aumento de la pobreza en el mundo como uno de los grandes problemas del fin de siglo no puede enfrentarse solamente mediante las reformas económicas, la estabilización y el ajuste, que tienden a convertirse en condiciones permanentes del funcionamiento de la economía. Si bien es cierto que existe la intervención estatal en la economía —y no podría ser de otra forma puesto que no hay capitalismo sin Estado—, ella no logra abatir las crecientes contradicciones que requieren una redefinición de las relaciones sociales y la extensión de los beneficios de la acumulación. Mientras se siga eludiendo la discusión de estos temas y se posponga la creación de mecanismos compensatorios que sean efectivos y duraderos, es previsible que los conflictos económicos y sociales se acrecienten. El debate generado recientemente por Soros está abierto desde hace tiempo y no será saldado con declaraciones de principios o los espantos con los que sus críticos lo han enfrentado.

1 George Soros, "The capitalist threat", *The Atlantic Monthly*, febrero de 1997.

2 Mario Vargas Llosa, "El diablo predicador", *El País*, 26 de enero de 1997.

3 "Palindrome repents", *The Economist*, 25 de enero de 1997.

4 George Soros, *Le deli de l'argent*, Pion, Paris 1995, p. 9 y ss.

5 *Ibid*, pp. 22.

León Bendesky es socio director de ERI Consultores, escribe para el diario *La Jornada* y la revista *Expansión*, y colabora en otras publicaciones.